

¡Cuántas ilusiones me forjé en mi mente aquel día! Los siguientes pasaron dejando en mí recuerdos dulces. Se habían hecho ya muy frecuentes los apretones de manos, los suspiros y los ardientes besos.

Enriqueta vivía con una prima suya y el papá de ésta y cuatro ó cinco jóvenes teníamos la costumbre de comer en su casa todos los Domingos, días que me pasaba muy contento como puede usted figurarse. Uno de tantos, después de comer, Enriqueta se fué á la sala y poco después, detrás de ella, Ernesto, uno de mis jóvenes amigos, concurrente como yo á las reuniones semanarias del tío de Enriqueta. Concebí algunas sospechas, me fui en seguimiento de ellos y me quedé en la pieza contigua, [á la que llamábamos el "salón rojo," por el color de los muebles,] escuchando y viendo por la cerradura. Él hablaba de amor, de dicha, de alegrías futuras, ella suspiraba; pero lo que me parecía más extraño era que mi amigo, la tuteara con un cinis, no sin igual. Luego se arrodilló, ella le dió la mano y..... no pude ver más; me arrojé en un sillón ocultando mi cara entre las manos, trémulo, indignado y con pensamientos siniestros figurándome ya que con puñal en mano, la mataba y luego me daba yo la muerte. Así permanecí largo rato, pasó ella y me preguntó:

—¿Qué tienes?

—Nada, le contestó, si tuvieras dignidad no me lo preguntarías.

—¿Pero qué es lo que sucede? ¿te duelen las muelas?

—No.

—¿Entonces, qué?

—El alma.

—¿Qué cosa tan rara!

—¡Rarísima, sí, cuando eres tu quien la ha destrozado!

—¿Yo?.....

—Sí, tú, tu que tienes relaciones con Ernesto

—Te han engañado, ya sabes que hay muchos envidiosos.

—Lo he visto y.... ¡estoy celoso!

—¡Celoso! no seas tonto..... ¿que has visto?

—Que estaban los dos muy juntos y que él te hablaba de amor.

Soltó una carcajada y luego riéndose dijo:

¿Sabes lo que me platicaba? Nada ménos que los amores suyos con una muchacha que se llama Ernestina.

—¿Y por eso te hablaba de tú?

—Es que me contaba algunas osconas que habían tenido y como ellos se tutean, era natural que en su conversación saltara muchos tús.

—Es verdad, murmuré entre dientes; luego levantando la voz con dulzura dijo:

—¡Lo que son las pasiones!

—¿Ya lo vez? Me aco dé de un nuevo detalle, arrugué el entrecejo y con agrio tono exclamé:

—¡No es eso todo!

—¿Aun hay más?

—Sí, algo de que no te puedes disculpar.